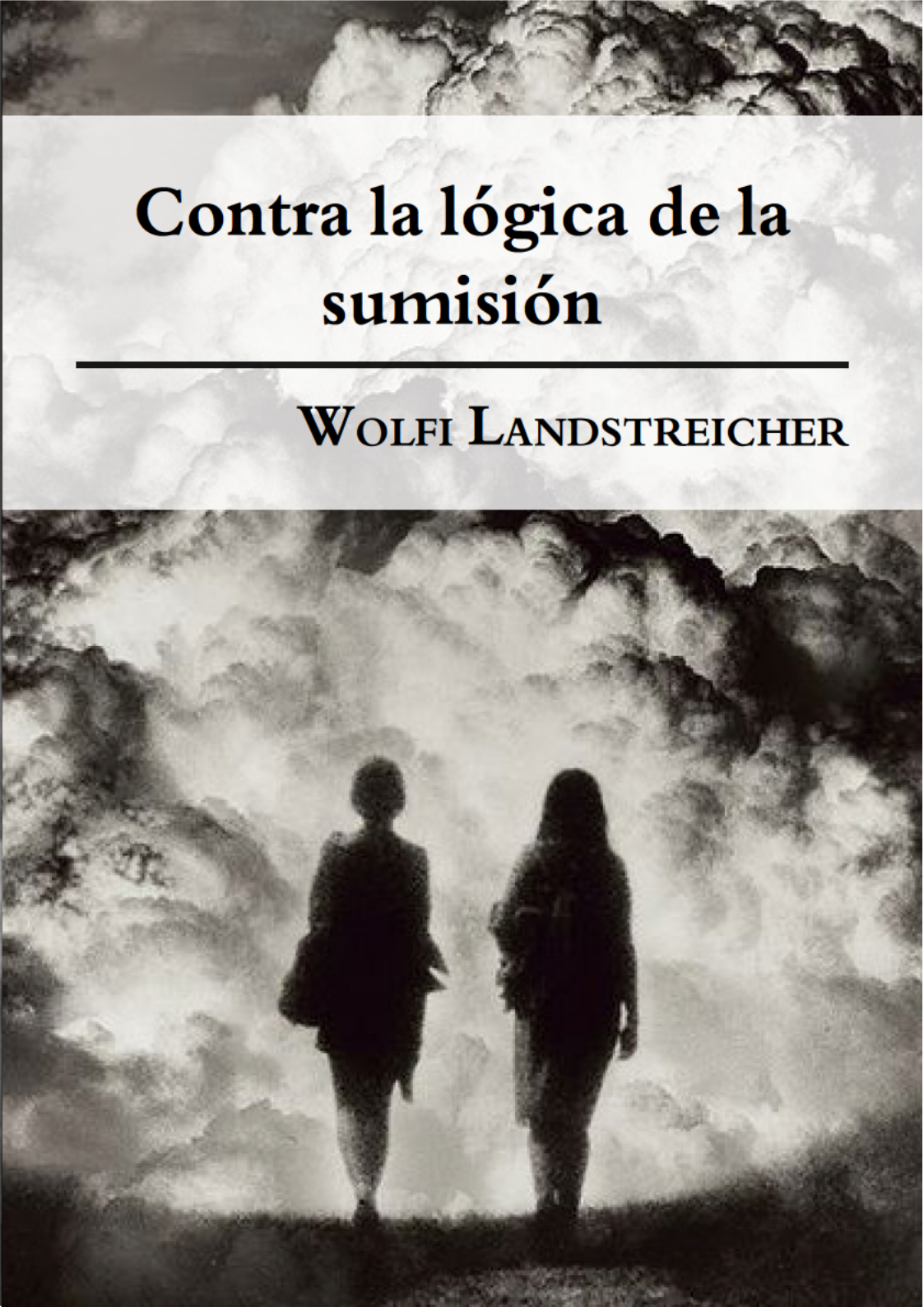




Contra la lógica de la sumisión

WOLFI LANDSTREICHER



En este tipo de relaciones de afinidad, se desarrollan proyectos reales que reflejan los deseos y aspiraciones de los individuos envueltos, en lugar de simplemente la sensación de que uno tiene que hacer algo. Tanto si el proyecto es una okupación, un reparto de comida gratis, un acto de sabotaje, una radio pirata, un periódico, una manifestación o un ataque contra las instituciones de dominación, no será llevado a cabo como una obligación política, sino como parte de la vida que uno está tratando de crear, como el florecer de la propia existencia autodeterminada. Y es entonces, y sólo entonces, que el potencial subversivo e insurreccional florecen. Si lo que queremos es, el placer, la maravilla y la belleza de una existencia indomable, necesitamos intentar conseguir esto aquí y ahora en desafío rebelde contra toda dominación, erradicando la lógica de la sumisión de nuestras vidas, nuestras relaciones y de nuestra lucha revolucionaria, por la destrucción de la política y la creación de una vida sin medida.

una lucha. Las relaciones de libertad se desarrollan a través de un profundo y cada vez mayor conocimiento del otro —un conocimiento de sus ideas, sus aspiraciones, sus deseos, sus capacidades, sus inclinaciones—. Es un conocimiento de las similitudes, sí, pero más aún, es un conocimiento de las diferencias, porque es en las diferencias donde empieza un conocimiento práctico real, el conocimiento de cómo una puede llevar a cabo proyectos y crear la vida con otras. Es por esta razón que entre nosotras —igual que en nuestra relación hacia aquello por lo que estamos luchando— es necesario evitar la práctica del compromiso y la constante búsqueda de un terreno común. Estas prácticas son, después de todo, el corazón y el alma de las formas democráticas de dominación que rigen actualmente el mundo, y por lo tanto son expresiones de la lógica de la sumisión que necesitamos erradicar de nuestras relaciones. Las uniones falsas son más bien un detrimento para el desarrollo de un proyecto insurreccional, que un conflicto real desde el cual pueda florecer la inteligencia y la imaginación creativa individuales. El compromiso, desde el cual las falsas uniones se desarrollan, es un signo de la sumisión del proyecto insurreccional a la política.

Las uniones provocadas por el compromiso son, de hecho, todo lo contrario a la afinidad, ya que surgen de una supresión del conocimiento de una misma y de las demás. Es por esto por lo que estas uniones requieren la creación de procesos formales de toma de decisiones que mantienen las raíces de una metodología burocrática. Allí donde hay un conocimiento real de las demás con quienes una lleva a cabo un proyecto, no es necesario un consenso formal. La conciencia que cada una tiene de la individualidad de las demás, crea una base donde la decisión y la acción no necesitan estar separadas. Esta es una nueva forma de sociabilidad que puede ser traída a la existencia aquí y ahora, en lucha contra el orden de dominación, una forma de sociabilidad basada en el pleno disfrute total de la singularidad de cada individuo, de las maravillosas diferencias que cada una de nosotras lleva dentro de sí.

Índice

Palabras de la edición.	5
<i>Introducción</i>	7
<i>Contra la lógica de la sumisión</i>	9
<i>Una vida proyectual</i>	11
<i>Amor libre</i>	15
<i>Amistad apasionada</i>	19
<i>Odio</i>	22
<i>Realismo</i>	25
<i>Más allá del feminismo, más allá del género</i>	29
<i>Cultura de la seguridad y vida expansiva</i>	33
<i>Revuelta, no terapia</i>	37
<i>Ni intelectualismo, ni estupidez</i>	42
<i>La subversión de la existencia</i>	47

transformación de la existencia en una forma que destruye toda dominación y explotación, es inherentemente anti-política. La libertad, concebida políticamente, no es más que un eslogan vacío destinado a ganarse el visto bueno de los gobernados (como la “libertad americana” la cual para Bush es bombardear Afganistan y aprobar cada vez más leyes represivas) o meramente la solución de un problema con más dominación. Concebida así, la libertad y la dominación devienen en cuestiones cuantitativas –cuestiones de grados– y la última aumenta en proporción a lo que decrece la primera. Es precisamente este tipo de pensamiento el que motivó a Kropotkin a apoyar a los Aliados en la primera guerra mundial y lo que sirve de base para cada proyecto reformista. Pero si la libertad no es una mera cuestión de grados de dominación –si jaulas más grandes y cadenas más largas no significan mayor libertad, sino una aparente mayor movilidad dentro del contexto de un esclavismo constante– entonces todos los programas políticos y todas las ideologías devienen inútiles para nuestro proyecto. En vez de esto, es precisamente por nosotros y nuestros deseos, que debemos cambiar la dirección de nuestros deseos hacia una existencia cualitativamente diferente. Y el punto de partida para la transformación que buscamos son nuestras vidas y relaciones. Es aquí donde empezamos a socavar la lógica de la sumisión con el objetivo de destruir toda dominación. Entonces, nuestros análisis del mundo están dirigidos a conseguir entender cómo llevar a cabo nuestra lucha en el mundo y encontrar puntos de solidaridad (donde vemos nuestra lucha reflejada en las luchas de otros) para extender la lucha contra la dominación, sin crear una interpretación del mundo en términos de una ideología. Y nuestro análisis de lo que hacemos, está dirigido a determinar lo realmente útiles que son nuestras acciones para lograr nuestras aspiraciones, y no a llevar a cabo nuestras acciones en base a un programa.

Si nuestro objetivo es la transformación de la existencia, entonces, el desarrollo de relaciones de afinidad no es sólo una maniobra táctica. Es el intento de desarrollar relaciones de libertad en el contexto de

nuestras relaciones en el contexto de una lucha revolucionaria. Se hace necesario no apresurarse en hacer ésta, aquella o aquella otra actividad, sino aprovechar y aprender a usar estas herramientas, que podemos hacerlas nuestras, y usarlas contra la existencia actual basada en dominación, en particular, a través de un análisis del mundo y de nuestra actividad en él, de relaciones de afinidad y de un espíritu indomable. También se hace necesario reconocer y rechazar todas las herramientas sociales ofrecidas por el propio orden social que sólo pueden reforzar la lógica de la dominación y la sumisión –la delegación, la negociación, las demandas a las autoridades, la evangelización, la creación de un imaginario de nosotras mismas, y demás–. Estas últimas herramientas precisamente refuerzan la jerarquía, la división y la dependencia a las estructuras de poder, esa es la razón por la nos las ofrecen para que las usemos en nuestras luchas. Cuando una acude a estas herramientas, la rebelión y la libertad degeneran en un mero programa político.

El análisis que no surge del deseo de una misma de reapropiarse de su vida aquí y ahora, tiende a reforzar la dominación, porque sigue sin tener fundamentos o sus fundamentos se vuelven una ideología o un programa político. Mucho de lo que pasa por el análisis social de hoy cae en formas pasadas, impidiendo imaginar realidades nuevas. Sin tener una base desde la cual hacer su crítica, aquellos que siguen este patrón tienden a caer en una incesante rueda de deconstrucción que últimamente concluye que la dominación está en todas partes y en ninguna parte, que la libertad es imposible y que, por lo tanto, sólo debemos hacer lo mejor que podamos, ya sea conformándonos o siendo la escena opositora, al igual que hacen grupos como “tute bianche” (los famosos “monos blancos”, grupo antiglobalización), los cuales no pretenden desafiar nada. Podría decirse que esto no es un análisis, sino una excusa para evitar un análisis real, y con ello hacer tangible la rebelión.

Pero el camino de las ideologías y los programas políticos no es útil al proyecto de la subversión. Debido a que este proyecto es la

Palabras de la edición

Contra la lógica de la sumisión es un recopilatorio de una serie escritos de Wolfi Landstreicher, extraídos de la revista Willful Disobedience (publicada entre 1996 y 2005), que comparten la crítica hacia la sumisión en varios aspectos de la vida y de la lucha por la liberación.

Los textos han sido tomados de <http://theanarchistlibrary.org/> y traducidos por diversas individualidades. Editado a principios de 2015.

No importa la edad de los textos, ya que tienen vigencia mientras el orden social y la realidad autoritaria sigan intentando dominar cada espacio de nuestras vidas. Por eso, ponemos esta edición a disposición de cualquiera para la libre difusión, para que el idioma y la cultura no sean un obstáculo en la interacción y comunicación de personas que comparten una misma o parecida pasión por la libertad. Sin más, un aporte para la revuelta individual y, por lo tanto, global: contra la lógica de la sumisión.

La subversión de la existencia

El deseo de cambiar el mundo seguirá siendo un mero ideal abstracto o un programa político a menos que devenga la voluntad de transformar la propia existencia de uno mismo. La lógica de la sumisión se impone en la vida diaria ofreciéndonos miles de motivos para que uno se resigne a la dominación de la supervivencia por encima de la vida. Así, sin un proyecto consciente de rebelión y transformación, todos los intentos de cambiar el mundo siguen siendo básicamente algo estético –poniendo maquillaje en úlceras que tienen gangrena–.

Sin una proyectualidad intencional hacia la libertad y la rebelión aquí y ahora, un sinfín de proyectos dignos –la okupación de espacios abandonados, compartir comida gratis, la publicación de periódicos o publicaciones anarquistas, sabotajes, radios piratas, manifestaciones, ataques contra las instituciones de dominación– pierden su significado, convirtiéndose en más bullicio y confusión dentro de un mundo que ya es confuso y que está confundido. Es la decisión consciente de reapropiarse la vida, en desafío a la realidad actual, lo que puede dar a estas actividades un significado revolucionario, porque esto es lo que proporciona la conexión entre las diversas actividades que conforman una vida insurgente.

Tomar una decisión como esta nos reta a imaginar cómo vamos a ponerla en práctica, y su realización no es solo algo que nos involucra en una variedad de proyectos de acción. También, y más esencialmente, significa crear la vida propia como una tensión hacia la libertad, proporcionando así un contexto para las acciones que hacemos, una base para el análisis. Por otra parte, esta decisión nos puede llevar a una rebelión más allá de lo político. El deseo consciente de libertad total requiere una transformación de nosotras y de

por esta sociedad; debemos también oponernos a la estupefacción e irracionalidad impuestas por la clase dominante sobre el resto de nosotros. Esta lucha requiere la reapropiación de nuestra capacidad de pensar, de razonar, de analizar nuestras circunstancias y comunicar sus complejidades. También requiere que integremos esta capacidad en la totalidad de nuestras vidas, nuestras pasiones, nuestros deseos y nuestros sueños.

Los filósofos de la antigua Grecia mentían. Y los ideólogos que producen las ideas que mantienen la dominación y la explotación han continuado contando la misma mentira: que lo contrario a la inteligencia es la pasión. Esta mentira ha desempeñado un papel esencial en el mantenimiento de la dominación. Ha creado una inteligencia deformada que depende de la racionalidad económica, cuantitativa, y ha reducido la capacidad de la mayoría de los explotados y excluidos de entender su condición y luchar inteligentemente contra ella. Pero, de hecho, lo contrario a la pasión no es la inteligencia, sino la indiferencia, y lo contrario a la inteligencia no es la pasión, sino la estupidez.

Dado que quiero sinceramente acabar con toda dominación y explotación y empezar a abrir las posibilidades para crear un mundo donde no haya ni explotados ni explotadores, ni esclavos ni amos, elijo aprovechar toda mi inteligencia apasionadamente, usando toda arma mental –junto con las físicas– para atacar al presente orden social. No pido disculpas por esto, ni me dirigiré a aquellos que por pereza o por la concepción ideológica de los límites intelectuales de las clases explotadas rechazan usar su inteligencia. No es sólo un proyecto anarquista revolucionario lo que está en juego en esta lucha; es mi realización como individuo y la plenitud de la vida que deseo.

Introducción

La sumisión a la dominación se impone no solamente –ni siquiera significativamente– a través de la represión descarada, sino más bien a través de manipulaciones sutiles que ocurren en el tejido de las relaciones sociales cotidianas. Estas manipulaciones –arraigadas en el tejido social no porque la dominación sea omnipresente, sino porque las instituciones de dominación crean reglas, leyes, hábitos y costumbres que hacen cumplir tales manipulaciones– crean una lógica de sumisión, una tendencia, inconsciente a menudo, a justificar la resignación y la sumisión en las relaciones cotidianas. Por esta razón, es necesario para aquellos que se toman en serio el desarrollo de un proyecto anarquista insurreccional confrontar esta tendencia allí donde aparezca –en sus vidas, en sus relaciones y las ideas y prácticas de las luchas en las que participan–. Tal confrontación no es una cuestión de terapia, porque esto sería participar de la lógica de la sumisión, sino de un rechazo desafiante. Esto requiere una subversión de lo existente, un desarrollo de diferentes formas de relación con nosotros mismos, de unos a otros, con el mundo y en nuestras luchas, formas de relación que claramente reflejan nuestra determinación de rechazar toda dominación y de reapropiarnos de nuestras vidas aquí y ahora. Estoy hablando aquí de una verdadera revolución de la vida cotidiana como la base necesaria para una revolución social contra esta civilización fundada en la dominación y la explotación.

Los siguientes ensayos aparecieron en la revista “Desobediencia Voluntaria” como una serie de artículos llamados “Contra la lógica de la sumisión”. De ninguna manera pretenden marear las cuestiones, sino que pienso que pueden proporcionar una base para la discusión sobre cómo podemos crear nuestras vidas, nuestras relaciones y nuestra lucha, como propias, en desafío a toda dominación.

proceso de racionalización se ha ido extendiendo a toda la sociedad por todo el globo. Es por tanto comprensible que algunos anarquistas lleguen a oponerse a la racionalidad.

Pero esta es una simple reacción. Al examinarla de cerca, queda claro que la racionalización impuesta por quienes tienen el poder es de un tipo específico. Es la racionalidad cuantitativa de la economía, la racionalidad de la identidad y la medición, la racionalidad que simultáneamente equipara y atomiza todas las cosas y seres, no reconociendo más relaciones que las del mercado. Y al igual que el intelectualismo es una deformación de la inteligencia, esta racionalidad cuantitativa es una deformación de la razón, porque es razón separada de la vida, una razón basada en la cosificación.

Mientras que quienes dominan imponen esta racionalidad deformada en las relaciones sociales, promueven la irracionalidad entre aquellos a quienes explotan. En los periódicos y revistas, en la televisión, en los videojuegos, en las películas... a través de los mass media podemos ver como la religión, la superstición, la creencia en lo indemostrable y la esperanza en, o el temor a, el llamado ser sobrenatural se imponen y el escepticismo es tratado como un rechazo frío y desapasionado de lo maravilloso. Beneficia a la clase dominante que aquellos a los que explota sean ignorantes, con una limitada y decreciente capacidad de comunicarse unos con otros sobre cualquier cosa significativa o de analizar su situación, las relaciones sociales en las que se encuentran y los acontecimientos que ocurren en el mundo. El proceso de estupefacción afecta a la memoria, al lenguaje y a la capacidad para entender las relaciones entre personas, cosas y acontecimientos en un nivel profundo, y este proceso penetra también en aquellas áreas consideradas intelectuales. La incapacidad de los teóricos post-modernos de comprender toda totalidad se puede ubicar fácilmente en esta deformación de la inteligencia.

No es suficiente oponerse a la racionalidad deformada impuesta

con el fin de obtener estas herramientas que la clase dominante le negaría. Fue su afán por adquirir los instrumentos de la mente lo que le llevó a su perspectiva anarquista. A finales del siglo 19 en Florida, los trabajadores fabricantes de cigarros obligaron a sus patronos a contratar lectores para leerles mientras trabajaban. Estos lectores leían las obras de Bakunin, Marx y otros teóricos radicales a los trabajadores, que discutían luego lo leído. Y a principios del siglo 20, vagabundos radicales y sus amigos establecerían “colegios vagabundos” donde una amplia variedad de oradores daba charlas sobre cuestiones sociales, filosofía, teoría y práctica revolucionaria, incluso ciencia e historia, y los vagabundos discutían sobre ello. En cada uno de estos casos vemos el rechazo de los explotados a dejar que les fueran arrebatados los instrumentos de la inteligencia. Y tal como lo veo, esta es precisamente la naturaleza de una lucha real contra el intelectualismo. No es una glorificación de la ignorancia, sino un rechazo desafiante a ser desposeído de la propia capacidad de aprender, pensar y comprender.

La degradación de la inteligencia que crea el intelectualismo se corresponde con una degradación de la capacidad de razonar que se manifiesta en el desarrollo del racionalismo. El racionalismo es la ideología que sostiene que el conocimiento sólo proviene de la razón. De esta manera, la razón está separada de la experiencia, de la pasión y por tanto de la vida. La formulación teórica de esta separación se puede remontar a la filosofía de la Antigua Grecia. Ya en este antiguo imperio comercial, los filósofos proclamaban la necesidad de subyugar los deseos y pasiones a una razón fría y desapasionada. Por supuesto, esta fría razón promovía la moderación —en otras palabras, la aceptación de lo que existe—.

Desde ese momento (y probablemente mucho antes de que hubiera estados e imperios desarrollados en Persia, China e India, cuando Grecia aún consistía en ciudades-estado enfrentadas), el racionalismo ha desempeñado un papel fundamental en reforzar la dominación. Desde el surgimiento del orden social capitalista, el

Contra la lógica de la sumisión

Un factor distintivo de la idea anarquista de la revolución es la importancia del individuo en hacer esto posible. Aunque la ideología colectivista ha debilitado esta realización, incluso en la mayoría de círculos anarquistas, aún se manifiesta en algunas elecciones como la abstención a votar o la abstención al servicio militar. Pero para aquellas que buscan desarrollar una práctica insurreccional, esta realización tiene que ir mucho más allá de unas pocas abstenciones.

Ningún anarquista revolucionario niega la necesidad de un alzamiento a gran escala de las explotadas para destruir el estado, el capital y todas las instituciones de poder y privilegio. Pero la revolución no es un regalo que cae del cielo o se concede abstractamente por la Historia. Las acciones de los individuos ayudan a construir las circunstancias que pueden hacer que los alzamientos ocurran y pueden empujarlos en la dirección de una revuelta generalizada.

Esto significa que en lugar de esperar a la revolución como ciertos marxistas, tratando de descifrar signos históricos y así, hasta una estar preparada para el momento, tiene más sentido que nosotras, anarquistas, nos consideremos en rebeldía en cada momento de nuestras vidas y atacemos este orden social sin tener que preocuparnos de que “los tiempos estén maduros”. Los actos individuales de revuelta, que son fácilmente reproducibles e imitables, proporcionan la base para el desarrollo de formas de acción de masas en las cuales el individuo no está perdido y la delegación está ausente —es decir, la acción insurreccional que podría destruir la realidad actual y abrir la posibilidad de crear un mundo en el que cada individuo es capaz de alcanzar todo lo que necesita para realizarse plenamente—.

Pero igualmente importante es el reconocimiento anarquista de lo primordial en esta realidad: vivir como individuo (en oposición a la concepción colectivizada del término y del concepto abstracto del individuo) es reconocer que tenemos que ser un cierto tipo de ser, un ser capaz de actuar en nuestros propios términos para realizar nuestros propios deseos y sueños frente al más feroz y poderoso enemigo: toda esta civilización —el Estado, el capital, el sistema tecnológico...—.

Vivir como un rebelde, voluntariamente como un anarquista revolucionario, requiere una gran cantidad de voluntad, determinación y espíritu frente a grandes riesgos de caerse. Así, un aspecto esencial para desarrollar una práctica insurreccional es la transformación de una misma en un ser voluntuoso y enérgico. Tal transformación no se produce a través de una terapia, sino a través de atacar el orden social tanto en sus manifestaciones en el mundo como en una misma y las relaciones de una misma. Una ausencia cruel de compromisos puede ser esencial para esta tarea porque hay muchas cadenas por romper, así como muchos límites que destruir. Como dijo un compañero: la búsqueda individual es “la apropiación de todo lo que ha sido sustraído de uno mismo a través de la familia, la escuela, las instituciones, los roles... con el fin de encontrar su voluntad, su totalidad, su universalidad... perdidas en el proceso de domesticación y construcción de una cultura simbólica”. Así que el tema aquí es tomar la decisión de devolverse la vida a una misma en su totalidad, una decisión que requiere una ferocidad que será necesaria para demoler esta sociedad. Y tal decisión va a transformar todas las relaciones de una, exigiendo una honestidad que no dejará espacio para la sumisión a las demandas del protocolo social, a la tolerancia sin afecto, ni piedad hacia aquellas que temen la energía de un deseo no canalizado por la supresión. Al tomar esta decisión (y la decisión sólo es real en tanto que una actúa en pos de hacerla real), una está rechazando completamente la lógica de la sumisión que domina la mayoría de las relaciones.

(sin hablar de desafiar) totalidades.

La especialización que crea al intelectual es de hecho parte del proceso de estupefacción que el orden dominante impone a quienes son dominados. Para el intelectual, el conocimiento no es la capacidad cualitativa de entender, analizar y razonar sobre la propia experiencia o de hacer uso de los esfuerzos de otros para alcanzar tal comprensión. El conocimiento de los intelectuales está completamente desconectado de la sabiduría, que es considerada un extraño anacronismo. Más bien, es la capacidad de recordar hechos inconexos, trozos de información, lo que ha llegado a ser visto como “conocimiento”. Sólo semejante degradación del concepto de inteligencia podría permitir a la gente hablar de la posibilidad de “inteligencia artificial” en relación a esas unidades de almacenamiento y examen continuo de información que llamamos ordenadores.

Si entendemos que el intelectualismo es la degradación de la inteligencia, entonces podemos reconocer que la lucha contra el intelectualismo no consiste en el rechazo a las capacidades de la mente, sino más bien en el rechazo a una especialización deformadora. Históricamente, los movimientos radicales han proporcionado muchos ejemplos de esta lucha en la práctica. Renzo Novatore era el hijo de un campesino que solo asistió a la escuela seis meses. Sin embargo estudió las obras de Nietzsche, Stirner, Marx, Hegel, los antiguos filósofos, historiadores y poetas, todos los escritores anarquistas y aquellos que participaban en los diversos movimientos artísticos y literarios incipientes de su tiempo. Fue participante activo en los debates anarquistas sobre teoría y práctica además de los debates en los movimientos artísticos radicales e hizo todo esto en el contexto de una intensa y activa práctica insurreccional. En un tono similar, Bartolomeo Vanzetti, que empezó trabajando como aprendiz en su temprana adolescencia a menudo durante largas horas, describe en su breve autobiografía cómo pasaba una buena parte de sus noches leyendo filosofía, historia, teoría radical, etc.

Ni intelectualismo, ni estupidez

En la lucha contra la dominación y la explotación, cada individuo necesita coger todo instrumento que pueda hacer suyo, toda arma que pueda usar autónomamente para atacar esta sociedad y recuperar su vida. Por supuesto, los instrumentos que los individuos particulares pueden usar en este camino variarán dependiendo de sus circunstancias, deseos, capacidades y aspiraciones, pero considerando los obstáculos a los que nos enfrentamos, es ridículo rechazar un arma que puede usarse sin comprometer la autonomía, basándose en concepciones ideológicas.

El desarrollo de la civilización en la que vivimos con sus instituciones de dominación está basado en la división del trabajo, el proceso por el cual las actividades necesarias para vivir son transformadas en roles especializados para la reproducción de la sociedad. Tal especialización sirve para socavar la autonomía y reforzar la autoridad porque le arrebató ciertos instrumentos—ciertos aspectos de un individuo completo— a la gran mayoría, y los coloca en las manos de unos pocos llamados expertos.

Una de las especializaciones más fundamentales es la que creó el rol del intelectual, el especialista en el uso de la inteligencia. Pero el intelectual no está definido tanto por la inteligencia como por la educación. En esta era de capitalismo industrial/alta tecnología, a la clase dominante le resulta de poca utilidad el pleno desarrollo y ejercicio de la inteligencia. En su lugar requiere la especialización, la separación del conocimiento en estrechos campos conectados sólo por su sometimiento a la lógica del orden dominante —la lógica del beneficio y el poder—. De esta forma, la “inteligencia” del intelectual es una inteligencia deformada y fragmentada con casi ninguna capacidad de hacer conexiones, entender relaciones o comprender

Una vida proyectual

La comprensión de cómo la decisión de vivir en rebelión contra la realidad actual se relaciona con el deseo, las relaciones, el amor y la amistad, requiere una comprensión de cómo tal decisión transforma a los que lo hacen. La lógica de la sumisión —la lógica que el orden social trata de imponer a los explotados— es una lógica de pasividad, de resignación a la existencia mediocre ofrecida por este orden. De acuerdo a esta lógica, la vida es algo que nos pasa a nosotros, que nosotros simplemente “lo hacemos lo mejor que podemos”, una perspectiva que nos derrota antes de que hayamos empezado la lucha.

Pero algunos de nosotros sentimos un fuego interno que nos empuja hacia algo, algo diferente. En nuestro fuego interno sufrimos la angustia de cada humillación que el mundo actual nos impone. No podemos resignarnos, aceptar nuestro lugar y contentarnos con ir tirando. Motivados por nuestra pasión a una acción decidida, contra todos los pronósticos llegamos a ver la vida de manera diferente —o para ser más exactos, a vivir de manera diferente—.

Existe una realidad social. Está asfixiando el planeta mediante las mercancías y el control, imponiendo una patética y miserable existencia de esclavizamiento a la autoridad y al mercado en todas partes. A raíz del rechazo a esta existencia impuesta —la decisión de rebelarse contra ella— estamos enfrentados con la necesidad de crear nuestras vidas de manera propia, de proyectarlas. Nos proponemos a nosotros mismos una tarea más difícil: la transformación de nosotros mismos, de nuestras relaciones y de la existencia misma. Estas transformaciones no son independientes; constituyen una sola en conjunto —una proyección de la vida que apunta hacia la destrucción del orden social— es decir, una proyección anarquista e

insurreccional.

Hoy día, muchos de nosotros somos muy sumisos, siempre listos para disculparnos, dispuestos a distanciarnos incluso de nuestros actos más radicales y desafiantes. Esto indica que todavía no hemos entendido lo que significa vivir nuestras vidas proyectándolas. Nuestras acciones todavía son inducidas, no están llenas de nuestra plena voluntad, salen de nosotros muy a la ligera con una disposición a retirarse al mínimo signo de riesgo o peligro. Por el contrario, el desarrollo de una proyectualidad anarquista requiere una inmersión en lo que uno hace, sin reservarse, sin una seguridad de lo que uno apuesta. Esta inmersión es un proyecto que nunca termina. Es algo en movimiento, una tensión que debe ser permanentemente vivida, permanentemente hay que lidiar con ella. Pero se ha demostrado una y otra vez que la necesidad de una seguridad infalible en lo que uno apuesta, hace que si se es derrotado, se asuma la derrota como una rendición. Habiendo tomado esta responsabilidad por nuestras vidas, no hay lugar para medias tintas. El tema es vivir sin medida. Las cadenas más largas, siguen siendo cadenas.

Uno lee a Nietzsche hablando sobre el *amor fati*¹. Amor fati es todo lo contrario de la fatal resignación exigida por la lógica de la sumisión, amor fati es entender que el amor al destino es un digno adversario que motiva a uno a actuar con valentía. Brota de la confianza voluntaria en los actos de uno mismo, que se desarrolla en quienes ponen todo su ser en lo que hacen, dicen o sienten. Aquí entra en juego el cómo uno aprende a actuar por sí mismo; errores, fracasos y derrotas no son desastres, sino situaciones de las cuales aprender y avanzar en la permanente tensión hacia la destrucción de todos los límites.

A los ojos de la sociedad, todo rechazo a su orden social es un delito, pero esta inmersión en la vida lleva a una insurgencia más

1 Nota del Traductor: literalmente “amor al destino”, entendido como aceptación de lo ocurre.

hacia la vida, preparada para asumir las consecuencias de las decisiones propias –aunque sea al margen de la ley–.

En el contexto de diez mil años de opresión institucional, a diez mil años de que clases dominantes y las estructuras que apoyan su poder hayan determinado las condiciones de nuestra existencia, lo que necesitamos no es una terapia, sino una revuelta de una fuerte convicción destinada a desarrollar un proyecto revolucionario que pueda destruir esta sociedad y sus instituciones.

sus fundamentos. Por lo tanto, la destrucción del racismo y el sexismo debe comenzar con el proyecto, de forma explícita revolucionaria, de la destrucción de los marcos institucionales que son la base actual de las construcciones de raza y género. Tal proyecto no es un proyecto terapéutico, sino de rebelión y revuelta. No se logrará siendo esquivas, tímidas y cautelosas –ni por inquisidoras– sino por las rebeldes indomables seguras de sí mismas.

No voy a entrar en lo absurdo de términos como clasismo o estatismo aquí porque no es mi propósito. Mi propósito es señalar que, a pesar de que la lucha revolucionaria puede tener el efecto “terapéutico” de romper las limitaciones sociales y abrir la mente a nuevas formas de pensar y de sentir que hacen a una más inteligente y apasionada, esto es precisamente porque no es una terapia, la cual se centraría en la debilidad de una, sino que es un proyecto autodeterminado de rebelión que surge de la fuerza y voluntad de una misma.

La libertad pertenece al individuo –este es un principio anarquista básico– y como tal reside en la responsabilidad individual de una misma y la libre asociación con otras. Por lo tanto, no puede haber ningún compromiso ni deudas, sólo elecciones de cómo actuar. Abordar terapéuticamente los problemas sociales es todo lo contrario de esto... porque se basa en la idea de que estamos paralizadas en vez de encadenadas, de que somos débiles en vez de que estamos oprimidas, así se impone una interdependencia obligatoria, una mutua incapacidad, más que un intercambio de fuerzas y capacidades. Esto se parece mucho a la manera oficial de tratar estos problemas. Y no es de extrañar. Es la naturaleza de la debilidad someterse. Si todas asumimos nuestra debilidad como algo propio –una debilidad que nos ha sido infectada por las diversas enfermedades sociales– entonces vamos a seguir alimentando una forma sumisa de interactuar con el mundo, siempre dispuestas a aceptar la culpabilidad, a pedir disculpas, a retractarse de lo que hemos dicho o hecho. Esto es lo contrario de la responsabilidad, que actúa conscientemente, con la seguridad de crear una proyección

allá del delito. En este punto, el insurgente ha dejado de reaccionar simplemente a los códigos, normas y leyes de la sociedad y ha llegado a determinar sus acciones en sus propios términos, sin tener en cuenta el orden social. Más allá de la tolerancia y cortesía de todos los días, aplicadas con tacto y diplomacia, el insurgente no es muy echado a hablar en abstracto de cualquier cosa relacionada con su vida y sus interacciones, sino que da importancia a cada palabra. Esto viene del rechazo a ser superficial, un deseo de sumergirse en los proyectos y las relaciones que uno ha elegido crear o involucrarse, para sentirlos plenamente como propios, porque son cosas con las que uno crea su vida.

Como la revolución: el amor, la amistad y la amplia variedad de otras relaciones posibles no son eventos por los que uno espera, ni cosas que simplemente pasan. Cuando uno se reconoce a sí mismo como un individuo, un ser capaz de actuar y crear, éstos dejan de ser deseos, anhelos fantasmales que dañan las entrañas de uno; se convierten en posibilidades hacia las que uno se mueve conscientemente, proyectualmente, con la propia voluntad. Esta energía ardiente que empuja a uno a la rebelión que es el deseo –el deseo que se ha liberado de aquello que reducía ese deseo a un simple anhelo–. Ese mismo deseo que impulsa a uno a crear su vida como una proyección hacia la insurrección, la anarquía, la libertad y el placer, es también el deseo que constata que esa proyectualidad se construye mejor en proyectos compartidos. El deseo liberado es una energía expansiva –una apertura de posibilidades– que quiere compartir proyectos y acciones, alegrías y placeres, amor y rebeldía. Una insurrección de un individuo, de hecho, puede ser posible. Incluso añadiría que es el primer paso hacia un proyecto insurreccional. Pero una insurrección de dos, tres, o muchos, aumenta mucho el valor y el disfrute, y abre un sinfín de posibilidades.

Obviamente, los distintos modos de relacionarse que esta sociedad nos pone a disposición no puede cumplir nuestros deseos. Tibias relaciones sentimentales de “amor”, “amistades” basadas en la

camaradería de la humillación mutua y la tolerancia sin afectom y encuentros diarios insulsos que mantienen la banalidad de la supervivencia. Están todos basados en la lógica de la sumisión, en simplemente aceptar la mediocridad de esta realidad. Por ello debemos destruir lo que la realidad nos ofrece. Todo esto no tiene nada que ver con un deseo proyectual hacia los demás.

Las relaciones en las que se decide vivir proyectualmente de manera revolucionaria y anarquista, empujan a uno a buscar que sean relaciones de afinidad, de pasión, de intensidad, relaciones variables que ayudan a uno a construir su vida como le mueven sus deseos. Son relaciones con un conocimiento claro de los demás, los cuales comparten una afinidad con la manera de vivir y ser de uno. Tales relaciones se deben crear de una manera fluida, vital y dinámica, cambiante y expansiva, tal y como lo son la afinidad y la pasión. Tal ampliación de las posibilidades no encaja con la lógica de la sumisión, y eso hace que sea un proyecto digno a seguir para los anarquistas.

siempre somos conscientes, esto nos empuja a una práctica de autoexamen constante y constantes dudas sobre una misma, y esto es algo que nos incapacita, sobre todo a la hora de interactuar con otras personas. El racismo y el sexismo se convierten en algo nebuloso, un virus omnipresente que infecta a todos. Si uno tiene la mala fortuna de ser “blanco” y “varón” (incluso si uno rechaza conscientemente todas las restricciones sociales y definiciones que hay detrás de estas etiquetas), entonces uno está obligado a aceptar el juicio de “no-blancos” y “hembras” sobre el “real” significado y las “verdaderas” motivaciones inconscientes de las acciones de uno. Lo contrario constituiría la arrogancia, la falta de consideración y un ejercicio de “privilegio”. El único resultado que he visto de esta forma de lidiar con estos asuntos –y sin duda, es el único resultado que he visto– es la creación de un grupo de personas esquivas, tímidas y cautelosas, siendo inquisidores con los de su alrededor por miedo a ser juzgados, y tan incapaces de atacar las bases de esta sociedad como lo son de relacionarse con los demás.

Si, por otra parte, consideramos que el racismo y el sexismo son expresiones de las construcciones sociales ideológicas de raza y género y que tienen bases institucionales específicas, entonces hay que aplicar un enfoque diferente. El concepto de raza como se entiende actualmente aquí en norteamérica tiene su origen en las instituciones de la esclavitud negra y el genocidio contra los pueblos indígenas de este continente. Una vez establecido por estas instituciones, se arraigó en todas las estructuras de poder en un nivel u otro, y debido a su utilidad para la clase dominante se propagó hacia las clases explotadas para dividir las y mantenerlas enfrentadas entre sí. El sexismo tiene su origen en las instituciones de la propiedad, el matrimonio y la familia. Es aquí donde el patriarcado y la dominación se asientan. Dentro de este marco, el género se crea como una construcción social, y como con la raza, es la continua utilidad que tiene esta construcción para la clase dominante, la que la ha mantenido a pesar del aumento del absurdo de las instituciones y

un psicoanálisis. Debe ser un examen de las instituciones sociales, roles y relaciones que dan forma a las condiciones en las que nos vemos obligadas a existir.

Consideremos esta analogía. Si una persona se ha roto una pierna, por supuesto, tiene que tratar de ponerle arreglo, ponerse un yeso o una tablilla y conseguir unas muletas. Pero si la razón por la que está teniendo problemas para caminar es que alguien le ha atado a una bola y una cadena en su pierna, entonces, la primera prioridad es cortar esa cadena y luego garantizar que no vuelva a suceder destruyendo el origen de la cadena.

Mediante la aceptación de la idea –promovida en gran medida por la educación progresista y la publicidad– de que las estructuras de opresión están esencialmente dentro nuestro, nos centramos en nuestra presunta debilidad, en qué tan lisiadas se supone que estamos. Nuestro tiempo se esfuma en intentar una autosanación que nunca llega a su fin, porque hemos llegado a estar tan centradas en nosotras mismas y nuestra incapacidad para caminar, que no nos damos cuenta de la cadena en nuestra pierna. Este ciclo sin fin de autoanálisis y fijación en una misma, no solo es tediosamente autocompasivo; también es completamente inútil en la creación de proyectos revolucionarios, porque nubla la posibilidad de hacer un análisis social y nos transforma en personas menos capaces.

El abordaje terapéutico de la cuestión de la opresión social acaba centrándose en una gran cantidad de “-ismos” con los que estamos infectados: racismo, sexismo, clasismo, estatismo, autoritarismo, edadismo (discriminación por la edad), etc. Debido a que los dos primeros establecen una diferencia más clara entre un análisis psicológico y un análisis social del tema, es decir, entre el enfoque de lo que es terapia y de lo que es revuelta, voy a examinarlos brevemente. Viendo el racismo y el sexismo como mentalidad esencialmente inconscientes, el comportamiento que éstos producen tienen una naturaleza dentro de nosotras de la que no

Amor libre

Por el hecho de que los anarquistas revolucionarios de todo tipo reconocen que la libertad de cada individuo para determinar cómo quieren vivir su vida en sus propios términos tiene que ser un objetivo central de la revolución antiautoritaria, tenemos que hablar más a menudo y con más insistencia de la transformación de la vida personal que debe ser parte de cualquier revolución real. Así, cuestiones como el amor y el deseo erótico han sido discutidos abiertamente en círculos anarquistas desde muy temprano. Las anarquistas estuvieron entre los primeros defensores del amor libre, reconociendo en el matrimonio y en las absurdas restricciones sexuales impuestas por la moralidad religiosa, formas en las que se imponía la sumisión a la autoridad. Mujeres como Emma Goldman y Voltairine de Cleyre vieron en la moral puritana uno de los mayores enemigos de la liberación de la mujer en particular, así como de la humanidad en general.

Pero el amor libre por el que abogaban (y abogan) las anarquistas no se debe confundir con el hedonismo cutre defendido por Playboy y otros promotores de la liberación sexual mercantilizada. Esta última es simplemente una reacción al puritanismo desde dentro del contexto social actual. Su continua adhesión a la lógica de la sumisión es evidente en su mercantilización y cosificación de las relaciones sexuales, su actitud despreciante hacia el amor apasionado –ya que éste no puede ser cuantificado y no se le puede poner un precio– y su tendencia a juzgar a la gente basándose en la disposición sexual y el rendimiento. El amor y el deseo erótico liberados de la lógica de la sumisión están claramente en otro sitio.

La lucha contra la lógica de la sumisión comienza con la lucha de los individuos para crear la vida y las relaciones que ellos desean. En

este contexto, el amor libre significa precisamente la liberación de los deseos eróticos de cada individuo de las restricciones sociales y morales que los canalizan en unas pocas formas específicas útiles para la sociedad, para que así cada individuo pueda crear la forma en que quiere amar a su antojo en relación a aquellos que el individuo puede amar. Tal liberación abre el camino para una aparente infinidad de posibles relaciones amorosas y eróticas. La mayoría de la gente sólo quiere explorar algunas de estas posibilidades, pero la clave de esta liberación no está en que uno tiene el deber de explorar tantas formas de deseo erótico como sea posible, sino que uno tenga la posibilidad de realmente elegir y crear formas de amar que le traigan placer, que amplíen su vida y le inciten a aumentar la intensidad de vivir y rebelarse.

Uno de los obstáculos más importantes en los que nos enfrentamos hoy día en este ámbito es la piedad o la lástima por la debilidad y la neurosis. Hay individuos que saben claramente lo que desean en cada potencial encuentro amoroso que tienen, individuos que pueden actuar y responder con una sinceridad propia de aquellos que se han apropiado de sus pasiones y deseos. Pero cuando estos individuos actúan según sus deseos, si otro individuo que es menos seguro de sí mismo, se pone nervioso o siente que sus sentimientos han sido heridos, se espera que el primer individuo cambie su comportamiento para adaptarse a la debilidad de la otra persona. Así, el individuo de voluntad fuerte que ha captado la esencia del amor libre y ha comenzado a vivirlo, a menudo se encuentra suprimido o condenado al ostracismo por sus propios supuestos compañeros. Si nuestros objetivos son la liberación y la destrucción de la lógica de la sumisión en todos los ámbitos de la vida, entonces no podemos ceder a esto. El tema es transformarnos a nosotras mismas en rebeldes fuertes, valientes, apasionadas y con voluntad propia –y por lo tanto, también en amantes fuertes, valientes, apasionadas y con voluntad propia –, y esto requiere la actuación sin culpa, remordimiento o pena. Esta auto-transformación es un

Revuelta, no terapia

Cuando la idea situacionista de que la revolución podría ser terapéutica se abrió camino en el idioma inglés, se abrió la caja de Pandora de los malentendidos. Tengo claro que los situacionistas propusieron que una ruptura revolucionaria real debería romper las limitaciones sociales que subyacen en gran parte de lo que se considera “enfermedad mental” y “trastorno mental”, liberando a las personas a descubrir sus propios significados y métodos de pensar y de sentir. Pero muchas han entendido este concepto de otra manera, tomándolo en el sentido de que la revolución es algo como un grupo de encuentro, una sesión de consejos o una sesión psicológica de “autoayuda”. Un autoexamen continuo, un confesionalismo embarazoso, una gama de productos de apoyo, espacios seguros y similares han llegado a ser asimilados como actividades revolucionarias. Y muchos de los así llamados revolucionarios, en conformidad con dicha práctica, tienden a convertirse en neuróticos emocionalmente lisiados que asumen que están en búsqueda de una cura revolucionaria, una cura que nunca llegará, porque este rol asumido lleva consigo la perpetuación de ese papel y, por lo tanto, tiende a perpetuar la sociedad que lo produce. Lo que falta en esta concepción terapéutica de la revolución es la rebelión.

La destrucción del orden social con el objetivo de liberarnos de toda dominación y explotación, de cada obstáculo para el pleno desarrollo de nuestra singularidad, sin duda requiere un análisis de cómo nuestras vidas, nuestras pasiones, nuestros deseos y sueños se han alejado de nosotras, cómo nuestras mentes se han limitado a sí mismas de ciertas formas, cómo hemos sido entrenadas para seguir la lógica de la sumisión.

Sin embargo, un análisis de este tipo debe ser un análisis social, no

de sospecha que uno encuentra demasiado a menudo en los círculos anarquistas. Somos guerreros justos rodeados por todos lados de las fuerzas del mal. Debemos protegernos de cualquier posibilidad de contaminación. Y esta dura armadura de carácter socava el espíritu alegre que nos proporciona el valor necesario para la destrucción del mundo de dominación.

Esta destrucción, esta demolición de la cárcel social que nos rodea, nos llevaría a un cara a cara con lo desconocido. Si la enfrentamos con el miedo y la sospecha, vamos a construir nuevas cárceles nosotros mismos. Algunos ya las han construido, en sus mentes y en sus proyectos. Es por esto que nuestros proyectos de ataque deben ser originados y llevados a cabo con una alegría y un orgullo expansivo del espíritu. La lógica de la paranoia y el miedo, es decir, la lógica de la sospecha con sus palabras y sus consecuencias, es la lógica de la sumisión, una sumisión que si no es hacia el actual orden de dominación, entonces, es hacia una moralidad que reduce nuestras vidas y garantizará que no tengamos el coraje para hacer frente a lo desconocido, para enfrentar el mundo en el que nos encontraríamos si el orden actual fuese destruido. En su lugar, vamos a abrazar la motivación apasionada del deseo que desafía toda dominación. Esta motivación es absolutamente seria en su deseo de destruir todo lo que reduce la vida y la limita a lo que puede ser medido. Y como es tan seria, se ríe.

aspecto esencial de la transformación revolucionaria del mundo, y no podemos dejar que se desvíe por una lástima que degrada tanto a quien se apiada como a quien se compadece. La compasión – ese sentimiento hacia las demás en el que una reconoce la propia condición en las demás– puede ser un sentimiento hermoso y revolucionario, pero la lástima –que mira desde arriba la miseria de las demás y ofrece la caridad y el sacrificio– no tiene ningún valor para crear un mundo de individuos fuertes que puedan vivir y amar como ellos elijan.

Sin embargo, un obstáculo aún mayor para una práctica real de amor libre y de exploración abierta de la variedad de relaciones posibles, es que la mayoría de la gente (incluso la mayoría de anarquistas) tiene muy poca ambición y, por lo tanto, muy poca generosidad con la pasión, intensidad de sentimientos, amor, placer, odio, angustia –todas las fervientes emociones que nos hacen sentir vivos–. Para realmente dejar florecer la expansividad de la apasionada intensidad y perseguirla allí donde el deseo la quiere llevar, esta exploración requiere voluntad, fuerza y valor... pero sobre todo requiere romper con una visión mercantilizada de las pasiones y las emociones. Es sólo en el reino de la economía mercantil –donde los bienes son mercancías con las que se comercia– que la ambición [individual] y la generosidad [con los demás] se contradicen entre sí. En un reino donde sentimientos, pasiones, deseos, ideas, pensamientos y sueños no están mercantilizados, la ambición y la generosidad van cogidas de la mano. Cuanto más se quieren estas cosas, más generosa hay que ser al compartirlas. Cuanto más generosa se es con ello, más se obtiene. Es la naturaleza de estas cosas ser expansivas, buscar ampliar todos los horizontes, para tomar más y más de la realidad en ellas mismas y transformarla.

Pero esta expansión no es indiscriminada. El amor y el deseo erótico se pueden manifestar de manera expansiva de muchas formas, y los individuos eligen los caminos y los individuos con los que ellos desean explorarlas. No tiene sentido, sin embargo, tomar estas

decisiones basándose en una imaginaria escasez de algo que, de hecho, potencialmente lo hay sin medida. Más bien, tales decisiones están mejor basadas en el deseo por aquellas a quienes una elige para relacionarse, y el potencial que una percibe en ellas para hacer que las llamas de la pasión ardan cada vez con más intensidad.

Las distintas manifestaciones del deseo erótico –homosexualidad, heterosexualidad, bisexualidad, monogamia, poligamia, etc– no son la esencia del amor libre. La esencia del amor libre se manifiesta en todas estas formas y más. Su esencia se encuentra en aquellas que eligen expandirse a sí mismas, para incitarse a sí mismas a ampliar sus pasiones, sueños, deseos y pensamientos. El amor libre, al igual que la revolución, actúa para recrear la realidad a su imagen, la imagen de una gran y peligrosa utopía. Esto no es un camino fácil. No hay lugar para nuestras debilidades ni tiempo para la autocompasión neurótica. Porque el amor en sus formas más apasionadas y sin restricciones es tan cruel como la revolución. ¿Cómo iba a ser de otra manera cuando su objetivo es el mismo: la transformación de todos los aspectos de la vida y la destrucción de todo lo que lo impide?

las diferentes armas y leyes puestas para la seguridad nacional, y así sigue –la cultura de la seguridad que nos rodea, es la misma que la cultura de la represión–. Ciertamente, como anarquistas esto no es lo que queremos.

Muchas de las sugerencias prácticas hechas por los defensores de la cultura de seguridad son buenos consejos básicos para alguien que está pasando a la acción contra las instituciones de dominación. Es obvio que no hay que dejar pruebas o hablar con la policía, que uno debe tomar precauciones para evitar ser arrestado –una situación que ciertamente no mejora la lucha de uno por una vida libre y plena–. Pero no tiene sentido hablar de una cultura de seguridad. La precaución necesaria para evitar el arresto no refleja el tipo de vida y las relaciones que queremos construir. Al menos, yo espero que no.

Cuando los anarquistas empiezan a ver la seguridad como su principal prioridad –como una “cultura” que deben desarrollar– la paranoia llega a dominar las relaciones. Incluso encuentros o conferencias anarquistas se establecen con unos niveles de burocracia y (vamos a llamar a las cosas por su nombre) vigilancia muy parecidos a lo que estamos tratando de destruir. La sospecha sustituye al compañerismo y la solidaridad. Si alguien no se ve o no se viste bien, se encuentra a sí mismo marginado, excluido de la participación. Algo esencial se ha perdido aquí –la razón de nuestra lucha–. Ha desaparecido detrás de una dura coraza de militancia, y hemos llegado a ser un reflejo de nuestro enemigo.

La lucha anarquista se desliza hacia esta desagradable y rígida paranoia cuando no se lleva a cabo como un intento de crear la vida de una manera diferente, con placer e intensidad, sino que más bien es tratada como una causa a la que uno ha de sacrificarse. La lucha de uno se convierte en algo moral, no es una cuestión de deseo, sino de lo correcto e incorrecto, el bien y el mal, y se concibe como algo absoluto y conocible. Esta es la fuente de gran parte de la rigidez, gran parte de la paranoia y gran parte de la sensación injustificada

social—. Pero debido a que esta expansión —esta tensión hacia la libertad— nos mueve a atacar este orden social, a pasar a la acción que está fuera de sus leyes y frecuentemente en contra de sus leyes —escritas o implícitas—, nos vemos obligados a hacer frente a la cuestión de cómo evadir a los siervos guardianes de la clase dominante. Así que no podemos pasar por alto la cuestión de la seguridad.

Siempre he considerado que la cuestión de la seguridad es una cosa simple, una cuestión de inteligencia práctica y sentido común que cualquier persona debería ser capaz de imaginar. Desarrollando relaciones de afinidad, en las que uno decide con quien se puede actuar. No hay necesidad de decir nada sobre una acción a cualquier persona que no está involucrada en la acción. Esto es básico y debe ser evidente para cualquier persona que decide actuar contra la dominación. Pero tal inteligencia práctica no tiene necesidad de cubrirse en una atmósfera de sospecha y secretismo en el que cada palabra y cada pensamiento deben ser vigilados, en la que incluso las palabras desafiantes se consideran un riesgo demasiado grande. Si nuestra práctica nos lleva a esto, ya hemos perdido.

En el contexto de la actividad ilegal, la seguridad es esencial. Pero incluso en este contexto, no es la principal prioridad. Nuestra principal prioridad es siempre la creación de vidas y relaciones que deseamos, la apertura de la posibilidad de una existencia plena que este sistema de dominación y explotación pretende impedir. Aquellos que realmente deseamos una existencia expansiva querremos expresarlo en todas nuestras acciones.

En este sentido, el llamado para el desarrollo de una “cultura de seguridad” me parece extraña. Cuando escuché por primera vez el término, mi primer pensamiento fue: “Esta es precisamente el tipo de cultura en la que vivimos”. Los policías y las cámaras de seguridad en cada esquina y en cada tienda, el aumento de números de tarjetas de identificación y de interacciones que requieren su uso,

Amistad apasionada

Vivimos en un mundo en el que la mayoría de los encuentros e interacciones implican un intercambio de mercancías o de trabajo. En otras palabras, las formas dominantes de relación son de carácter económico, basados en la dominación de la supervivencia por encima de la vida. En un mundo así, no es de extrañar que el concepto de la amistad ya no tenga mucho valor. Hoy en día, ni las interacciones diarias de nuestras “comunidades” (esas extrañas y desconectadas comunidades que son la familia, la escuela, el trabajo) ni los encuentros casuales (en el mercado, en el autobús, en algún evento público) dan pie a crear un interés real e intenso hacia los demás, no generan una apasionada curiosidad en conocer a los demás ni en descubrir lo que podríamos ser capaces de crear con ellos. Lo que une estas interacciones y encuentros es que se originan en los procedimientos de la dominación y la explotación, en el orden social que encierra nuestras vidas, un orden social al que la mayoría de la gente se somete a regañadientes.

Los tipos de relaciones que más probablemente surjan de este tipo de situaciones son las que reflejan la humillación y el empobrecimiento inherente a ellas. Están basadas en la necesidad de escapar del aislamiento de una sociedad llena de gente, pero atomizada, y en una “amabilidad” generalizada que no es más que mera cortesía (ya que permite un coqueteo inofensivo, insustancial, seguro y de bromas tontas). Sobre las bases de esta “amabilidad” generalizada, es posible conocer a algunos individuos con los que se simpatiza más cercanamente —gente con la que compartir una cerveza en el pub, ir a partidos de fútbol, a conciertos o ir a ver una película...—, y estos son los amigos de uno.

Entonces no es de extrañar que a lo que hoy se le llama amistad

tan a menudo parece no ser nada más que una camaradería de humillación mutua y de una tolerancia carente de afecto. Cuando todo lo que realmente tenemos en común es nuestra explotación compartida y la esclavitud para el consumo de mercancías, y nuestras diferencias están principalmente definidas en nuestras identidades sociales, que a su vez están en gran medida definidas por nuestros puestos de trabajo o la carrera que estudiamos, por los productos que compramos a los que nos gobiernan y los usos que les damos, en todo esto, hay muy poco que pueda despertar el orgullo, el placer, la curiosidad y la pasión en nuestras llamadas amistades. Si la profunda soledad de la masificada y mercantilizada sociedad es lo que nos acerca a los demás, lo poco que nuestros empobrecidos seres tienen para ofrecer a los demás pronto conducirá al resentimiento. Por lo tanto, las interacciones entre amigos en este momento parecen ser dominadas en su mayoría por burlas “tontas” y diversas formas de rivalidad. Mientras que tales formas de juego pueden ser incluso divertidas como parte de una relación fuerte basada en el placer mutuo, cuando se convierte en la principal forma de relacionarse, sin duda, algo falta.

Algunos de nosotros nos negamos a aceptar las imposiciones de la explotación y la dominación. Nos esforzamos en crear nuestras propias vidas y en el proceso de crearlas buscamos crear relaciones que escapen a la lógica de la sumisión, a la proletarización y al consumo de mercancías. Por nuestra propia voluntad redefinimos lo que tenemos en común y nuestras diferencias, sincerándolas a través de la mezcla de la lucha y la rebelión, basándolas en nuestras pasiones y deseos. Esto hace que la amistad tienda a tomar una forma completamente desagradable en esta sociedad: para, simplemente tolerar otra forma de soledad y considerarla una amiga –¡qué patético!–. A partir de este sentido de orgullo que nos motivó a rebelarnos, ese punto de dignidad propia que no tolerará más humillaciones, buscamos construir nuestras amistades en la grandeza que descubrimos en los demás –el placer, la pasión y la

Cultura de la seguridad y vida expansiva

Hoy día la vida es demasiado pequeña. Somos obligados a tener roles y relaciones que reproducen el orden social actual, que se basa en la mezquindad de lo que puede ser medido, puesto a un precio, comprado y vendido. La lamentable existencia de tenderos y guardias de seguridad se ha impuesto por todos lados, y la vida real, una vida sin más límites que los que nuestras capacidades nos ponen, existe solo en rebelión contra esta sociedad. Así que aquellos que queremos una existencia expansiva, una vida vivida con plenitud, estamos motivados a pasar a la acción, a atacar a las instituciones que nos obligan a vivir una vida tan mezquina.

Motivados a recuperar nuestras vidas y hacer de ellas manantiales de lo maravilloso, inevitablemente, nos encontramos la represión. Todos los días, los mecanismos ocultos de la represión operan para prevenir la rebelión, para garantizar la sumisión que mantiene el orden social. Las necesidades de la supervivencia, la conciencia que subyace al estar siempre observados, la multitud de prohibiciones que se encuentran en señales y carteles o que toman la forma de la policía, la estructura misma de los entornos sociales en los que nos movemos, éstos son suficientes para mantener a la mayoría de la gente en línea, cabizbajos, con la mente vacía de todo excepto de mezquinas preocupaciones del día a día. Pero cuando uno se ha cansado de esta insípida existencia y decide que debe haber algo más, que no puede tolerar otro día más en el que la vida se reduce aún más, la represión deja de ser algo sutil. La chispa de la rebelión tiene que ser suprimida constantemente; el mantenimiento del orden social lo requiere.

La expansión de la vida no se puede producir escondiéndonos de ellos –porque sería simplemente un cambio de celdas en la prisión

de la mujer de sus roles de género no consiste en ser más masculina, sino más bien en ir más allá de su feminidad, así, para los hombres la cuestión no consiste en ser más femenino, sino en ir más allá de su masculinidad. La cuestión es descubrir que el centro de la unicidad que está en cada uno de nosotras, va más allá de todos los roles sociales y de la forma en que cada uno actúa, vive y piensa en el mundo, tanto en el ámbito sexual como en todos los otros. El género separa la sexualidad de la totalidad de nuestro ser, fijando características específicas según el género al que se pertenezca, perpetuando así el actual orden social. Como consecuencia de ello, la energía sexual, que podría ser un extraordinario potencial revolucionario, es encauzada hacia la reproducción de las relaciones de dominación y sumisión, de dependencia y desesperación. La miseria sexual que esto ha producido y su explotación comercial está por todos lados. La inadecuada llamada de la gente a “abrazar tanto la masculinidad como la feminidad” cae en la falta de análisis sobre estos conceptos, ya que ambos son invenciones sociales que sirven a los propósitos del poder. Así que, cambiar la naturaleza de los roles de género, aumentar su número o modificar su forma, es inútil desde una perspectiva revolucionaria, ya que esto solo sirve para ajustar mecánicamente la forma de los mecanismos que canalizan nuestra energía sexual. En lugar de esto, necesitamos reapropiarnos de nuestra energía sexual para reintegrarla en la totalidad de nuestros seres a fin de hacernos tan extensos y poderosos como para reventar cada mecanismo que pretenda canalizar nuestra energía e inundar el terreno de la existencia con nuestro ser indomable. Esto no es una tarea terapéutica, sino una revuelta insolente —una que emana desde nuestra fuerza de voluntad y nuestra negativa a retroceder—. Si nuestro deseo es destruir toda dominación, entonces es necesario que nos movamos más allá de todo lo que nos reprime, más allá del feminismo, sí, y más allá del género, porque aquí es donde encontramos la capacidad de crear nuestra indomable individualidad que nos conducirá contra toda dominación sin vacilación. Si deseamos destruir la lógica de la sumisión, este debe ser nuestro mínimo objetivo.

curiosidad producidas tanto por lo que compartimos en común como por nuestras diferencias—. ¿Por qué deberíamos esperar menos de la amistad que de lo que esperamos del amor erótico? ¿Por qué esperamos tan poco de las dos cosas? La rebelión enciende chispas de fuego en los corazones de aquellos que se alzan, y este fuego atrae a relaciones que queman: amores, amistades, y, sí, incluso odios que reflejan la intensidad de la rebelión. El insulto más grande que podemos dar a otro ser humano es simplemente tolerarlo, así que persigamos la amistad con la misma intensidad con la que perseguimos el amor, desdibujando los límites entre ellas, creando feroces y hermosas formas propias de relacionarnos libres de la lógica de la sumisión a la mediocridad impuesta por el estado y el capital.

Odio

Habiendo tomado la decisión de negarnos a vivir simplemente como esta sociedad exige, a someterse a la existencia que nos impone, nos hemos tenido que posicionar en permanente conflicto con el orden social. Este conflicto se manifestará en muchas situaciones diferentes, evocando las intensas pasiones de la fuerza de voluntad. Al igual que exigimos de nuestros amores y nuestras amistades una plenitud e intensidad que esta sociedad busca suprimir, queremos ofrecer todo de nosotras mismas en nuestros conflictos y, particularmente en nuestro conflicto con esta sociedad destinada a su destrucción, por lo que luchamos con toda la fuerza necesaria para lograr nuestro objetivo. Es en este sentido que, como anarquistas, deberíamos entender mejor el motivo de nuestro odio.

El actual orden social busca racionalizar todo. Ve a la pasión como una cosa destructiva y peligrosa puesto que la intensidad de sentirla es, después de todo, opuesta a la fría lógica del poder y el beneficio. No hay lugar en esta sociedad para una razón apasionada o un razonable enfoque de la pasión. Cuando el valor social más alto es el eficiente funcionamiento de la máquina, la pasión y la razón humana juntas son perjudiciales para la sociedad. De esta manera, la fría racionalidad basada en una visión mecánica de la realidad es necesaria para defender tales valores.

En este sentido, las campañas contra el odio, promovidas no sólo por progresistas y reformistas, sino también por las instituciones de poder las cuales son la base de las desigualdades sociales (cuando me refiero a la igualdad y desigualdad en este artículo, no me estoy refiriendo a la “igualdad de derechos” la cual es una abstracción legal, sino a las diferencias concretas en el acceso a lo que es necesario para determinar las condiciones de la vida de uno), llevan implícitas la intolerancia en la

como las que existen actualmente, es dejado de lado en favor de una ideología en la cual el hombre domina y la mujer es la víctima de esta dominación.

Pero la creación de una identidad en base a la propia opresión, en la victimización de lo que una ha sufrido, no proporciona la fuerza o la independencia. En lugar de esto crea una necesidad de protección y seguridad que eclipsa el deseo de libertad e independencia. En el reino de lo teórico y psicológico, una abstracta y universal “hermandad femenina” puede encontrar esta necesidad, pero a fin de suministrar una base para esta hermandad, de “mística feminidad”, la cual fue expuesta en los años 60 como una construcción cultural que apoyaba a la dominación masculina, es revivida en forma de espiritualidad de mujer, culto a la diosa y una variedad de otras ideologías feministas. El intento de liberar a la mujer como categoría social alcanza su apoteosis en la recreación de los roles del género femenino en el nombre de una evasiva solidaridad de género. El hecho de que muchas feministas radicales hayan recurrido a policías, tribunales, y otros programas estatales de protección de mujeres (imitando así al feminismo burgués) sólo sirve para subrayar la falsa naturaleza de la “hermandad” que proclaman. A pesar de que ha habido intentos de moverse más allá de estos límites dentro del contexto del feminismo, esta especialización ha sido su mejor definición durante tres décadas. En la forma en la que ha sido practicada, ha fallado al presentar un desafío revolucionario tanto contra el género como contra la dominación. El proyecto anarquista de liberación global nos llama a movernos más allá de estos límites hasta el punto de atacar al género en sí mismo, con el objetivo de convertirnos en seres completos, definibles no como un conglomerado de identidades sociales, sino como individuos únicos y completos.

Es un estereotipo y un error afirmar que los hombres y las mujeres han sufrido iguales opresiones dentro de sus roles de género. Los roles del género masculino han permitido al hombre una gran libertad de acción para la afirmación de su propia voluntad. Por ello la liberación

la época. Garantizando de esta manera la imposibilidad de llevar a cabo un análisis global dentro de este contexto.

Esta especialización es el feminismo actual, que comenzó desarrollándose fuera del movimiento de liberación de la mujer a finales de los años 60. Su objetivo, no era tanto la liberación de la mujer como individuo de los límites impuestos por los papeles asignados a su género, como la liberación de la “mujer” como categoría social. Junto a las corrientes políticas principales, este proyecto consistió en obtener derechos, reconocimiento y protección para las mujeres como una categoría social, reconocida conforme a la legislación. En teoría, el feminismo radical se movió más allá de la legalidad con el objetivo de liberar a las mujeres como una categoría social, de la dominación masculina. Dado que la dominación masculina no es explorada suficientemente como parte de la dominación total—inclusive por las anarcofeministas— la retórica del feminismo radical, frecuentemente adquiere un estilo similar al de las luchas de liberación nacional. Pero a pesar de las diferencias en el método y la teoría, la práctica del feminismo burgués (institucional y principal) y el feminismo radical a menudo son coincidentes. Esto no es una casualidad.

La especialización del feminismo radical actual consiste en centrarse por completo en los sufrimientos de la mujer a manos del hombre. Si esta catalogación fuese alguna vez completada, la especialización no sería durante más tiempo necesaria y habría llegado el momento de trasladarse más allá de la lista de ofensas sufridas, hacia un intento real y actual de analizar la naturaleza de la opresión de la mujer en esta sociedad, y llevar a cabo acciones reales y muy meditadas para acabar con esta opresión. Así, el mantenimiento de esta especialización requiere que las feministas amplíen esta catálogación al infinito, incluso hasta el punto de dar explicaciones por las acciones opresivas llevadas a cabo por mujeres en puestos de poder, como expresiones de poder patriarcal, y así de esta manera liberaría a estas mujeres de las responsabilidades de sus acciones. Cualquier análisis serio de las complejas relaciones de dominación,

estructura misma de la sociedad, y esto ocurre en varios niveles.

Al concentrarse los esfuerzos para luchar contra la intolerancia en las pasiones de los individuos, las estructuras de dominación ciegan a personas bienintencionadas, haciéndoles creer que la intolerancia que se construye desde las instituciones de esta sociedad es un aspecto necesario, y así perpetúan su método de explotación. Por lo tanto, el método para la lucha contra la intolerancia toma un camino doble: tratar de cambiar los corazones de las personas racistas, sexistas y homófobas o la promoción de una legislación contra pasiones que son indeseables. De esta manera, no solo se olvida la necesidad de una revolución que destruya el orden social fundado en las instituciones de intolerancia y la estructura de desigualdades; el estado y las distintas instituciones a través de las cuales ejerce el poder, se fortalecen de manera que pueden suprimir el “odio”. Por otra parte, aunque la intolerancia en una forma racionalizada es útil para el funcionamiento eficiente de la máquina social, una pasión individual de demasiada intensidad, incluso siendo canalizada a través de la intolerancia, representaría una amenaza para el buen funcionamiento del orden social. Esta pasión individual es impredecible, un punto potencial para la descomposición del control. Por lo tanto, necesariamente debe ser suprimida y sólo permitida de expresarse de una manera: canalizada en los mecanismos que ya han sido contruidos cuidadosamente por los que gobiernan esta sociedad. Pero uno de los aspectos del “odio”—una pasión individual— que con más énfasis es útil al estado, más que las desigualdades institucionales, es que les permite a aquellos en el poder —y sus perros falderos de los medios de comunicación— equiparar el odio irracional y fanático de los supremacistas blancos y homófobos al odio razonable de los explotados que se han levantado en rebelión contra los amos de esta sociedad y sus lacayos. Por lo tanto, la supresión del odio sirve al interés del control social y defiende las instituciones de poder y, por lo tanto, la desigualdad institucional necesaria para su funcionamiento.

Aquellas de nosotras que deseamos la destrucción del poder, el fin de la explotación y de la dominación, no podemos sucumbir a las racionalizaciones de los progresistas, que solo sirven a los intereses de los gobernantes del presente. Habiendo optado por rechazar nuestra explotación y dominación y por tomar nuestra vida como propia en lucha contra la miserable realidad que se nos ha impuesto, inevitablemente nos enfrentamos a una serie de personas, instituciones y estructuras que se interponen en nuestro camino —el estado, capital, los gobernantes de este orden y sus siervos, y los diferentes sistemas e instituciones de control y explotación—.

Estos son nuestros enemigos y sólo es razonable odiarlos. Es el odio del esclavo hacia el amo —o más exactamente, el odio del esclavo fugitivo hacia las leyes, los policías, los “buenos ciudadanos”, los tribunales y las instituciones que tratan de cazarle y devolverle al amo—. Y al igual que con las pasiones de nuestros amores y amistades, este odio apasionado debe ser también cultivado y madurado por nosotras mismas, su energía ha de ser enfocada y dirigida hacia el desarrollo de nuestros proyectos de rebelión y destrucción.

Con el deseo de ser las creadoras de nuestras propias vidas y relaciones, para vivir en un mundo en el que desaparezca todo lo que encarcela nuestros deseos y suprime nuestros sueños, tenemos una inmensa tarea ante nosotras: la destrucción del actual orden social. El odio hacia nuestro enemigo —el orden dominante y todas las que voluntariamente lo defienden— es una tormentosa pasión que puede proporcionar una energía que haríamos bien en recibirla con los brazos abiertos. Las anarquistas insurreccionales tienen una manera de ver la vida y el proyecto revolucionario que enfoca esta energía, apuntando con inteligencia y fuerza. La lógica de la sumisión exige la supresión de todas las pasiones y su canalización hacia el consumismo sentimental o ideologías de intolerancia racionalizada. La inteligencia de la rebeldía abraza todas las pasiones, encontrando en ella no sólo poderosas armas para la batalla contra este orden, sino también la maravilla y el placer de una vida vivida con plenitud.

Más allá del feminismo, más allá del género

A fin de crear una revolución que pueda poner fin a todo tipo de dominación, es necesario acabar con las tendencias a las que todas nos vemos sometidas. Esto requiere que seamos conscientes del papel que esta sociedad nos impone y busquemos sus puntos débiles, con el objetivo de romper sus límites y traspasarlos.

La sexualidad es una expresión esencial de los deseos y las pasiones individuales, de la llama que puede encender tanto el amor como la revuelta. Así, puede ser una fuerza importante de los deseos de cada una de nosotras, que puede alzarnos más allá de la masa como seres únicos e indomables. El género, por otro lado, es un intermediario construido por el orden social para inhibir la energía sexual, enclaustrarla y limitarla, direccionándola hacia la reproducción de este orden de dominación y sumisión. De esta manera se convierte en un impedimento del intento de decidir libremente cómo queremos vivir y relacionarnos. No obstante, hasta ahora, al hombre se le ha concedido mayor libertad en hacer valer su voluntad dentro de estos roles que a la mujer, lo que explica de forma bastante razonable por qué hay más anarquistas, revolucionarios y gente que actúa fuera de la legalidad que son hombres y no mujeres. Las mujeres que han sido fuertes, que se han rebelado, lo han sido porque han sobrepasado su feminidad.

Lamentablemente el movimiento de liberación de la mujer que resurgió en los 60, no prosperó en el desarrollo de un análisis profundo de la naturaleza de la dominación en su totalidad y del papel jugado por el género en su reproducción. Un movimiento que apareció ante la necesidad de liberarnos de los roles de género para ser así individuos completos y autosuficientes, fue transformado en una especialización, como la mayor parte de las luchas parciales de

entretenimiento—. Por lo tanto, la rebelión individual necesita armarse con un análisis de la totalidad —que contemple todas las opresiones y que amplíe su crítica— despertando una perspectiva revolucionaria. Cuando uno empieza a entender también los medios institucionales y tecnológicos a través de los cuales la clase dominante mantiene, fortalece y expande su control, esta perspectiva adquiere una dimensión social y crítica con el “progreso” y la tecnología.

La lógica de la sumisión nos dice que seamos realistas para limitarnos a las, cada vez menos, posibilidades que la realidad actual nos ofrece. Pero cuando esta realidad marcha hacia la muerte —a través de la represión permanente del espíritu humano y la destrucción de la vida—, ¿es verdaderamente realista “ser realista”? Si uno ama la vida, si uno quiere expandirse y florecer, es absolutamente necesario, para liberar al deseo de los mecanismos que lo constriñen, dejar fluir nuestras mentes y corazones con una pasión que despierte los sueños más salvajes. Entonces uno debe comprender estos sueños y, de ellos, afilar un arma para atacar esta realidad: una causa rebelde y apasionada capaz de formular proyectos encaminados a la destrucción de lo existente y la realización de nuestros deseos más maravillosos. Para los que queremos reapropiarnos de nuestras vidas, hacer menos sería poco realista.

Realismo

“¡Seamos realistas: pidamos lo imposible!”

Este famoso lema, que adornaba las paredes de París en el mayo de 1968, fue verdaderamente revolucionario en su tiempo, dándole la vuelta a todas las concepciones del realismo basadas en el sentido común. Hoy día, realidades virtuales y artificiales han llegado a dominar las relaciones sociales. La vida no se vive tanto como se mira, y todo puede ser visto con nuevas tecnologías. Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que un eslogan que una vez cambió tanto el orden social entero, se haya convertido ahora en un eslogan publicitario. En el reino de lo virtual, todo es posible por un precio. Todo, excepto las cosas que no tienen precio, es decir, lo verdadero, la autodeterminación, las relaciones cara a cara en las que uno elige sus actividades y los actos concretos sobre la realidad del mundo.

El pan y circo de hoy día se nos presenta con espectáculos que nunca antes habíamos visto. Sitios exóticos, criaturas extrañas con poderes mágicos, explosiones fantásticas, batallas y milagros, todo esto se nos ofrece para nuestro entretenimiento, manteniéndonos pegados al asiento como espectadores, nuestra actividad se limita a chasquear un botón —que no es muy diferente a la principal función que se realiza cada vez en más puestos de trabajo—. Así que “lo imposible” que esta sociedad nos ofrece no es nada más que efectos especiales espectaculares en una pantalla, la droga de la virtualidad nos adormece en la miseria del mundo que nos rodea, en el que las posibilidades de una vida real cada vez son menos.

Si estamos por la labor de escapar de esta miserable existencia, nuestra rebelión debe ser, precisamente, contra la realidad social en su totalidad. El realismo en este contexto se convierte en aceptación

de la realidad. Hoy en día cuando uno habla sinceramente de la revolución –de tratar de revertir la realidad actual con el fin de abrir la posibilidad de una vida autodeterminada y de libertad individual– uno está siendo poco realista, incluso utópico. Pero ¿acaso puede otra cosa poner fin a la miseria actual?

Cada vez más, frente al monstruo de la civilización y de la realidad social actual, escucho a muchos radicales decir: “es necesario ser realista; voy a hacer lo que esté en mis manos.” Esta no es la declaración de una fuerte individualidad haciéndose el centro de una rebelión contra el mundo de dominación y alienación, sino más bien una resignación, un retiro hacia el jardín de uno mismo, mientras el monstruo avanza y se viene encima. Los proyectos “positivos” desarrollados en el nombre de este tipo de realismo no son nada más que las formas alternativas de sobrevivir dentro de la sociedad actual. No sólo no consiguen amenazar al mundo del capital y el Estado; además, alivian la presión sobre aquellos en el poder, proporcionando servicios sociales voluntarios bajo el pretexto de la creación de “contra-instituciones”. Utilizar la realidad actual como el lugar desde el que ver el mundo, hace que, aquellos que no pueden dejar de ver la destrucción revolucionaria de esta realidad en la que vivimos como algo imposible –y, por lo tanto, un objetivo peligroso–, se resignen a mantener una alternativa dentro de la realidad actual.

Existe también una forma “activista” de entender el realismo. Se encuentra en una perspectiva que no tiene en cuenta la totalidad de la realidad actual, eligiendo un lugar o instante concreto para verla sólo parcialmente. De esta manera, la realidad de alienación, dominación y explotación se divide en categorías de opresión que vemos como algo separado como el racismo, el sexismo, la destrucción medioambiental, etc. Aunque tal categorización puede ser útil para entender los detalles de cómo funciona el orden social actual, por lo general, en lugar de hacer entender a la gente la totalidad, tiende a permitir que avance el proyecto izquierdista de desarrollar especializaciones en formas específicas de opresión,

desarrollando métodos ideológicos para explicar estas opresiones. Este enfoque ideológico separa la teoría de la práctica conduciendo a una descomposición más de las cuestiones sobre las que actúa: salario igual para las mujeres, aceptación de gays en el ejército, protección de reservas naturales, y una tras otra así, siendo una ronda interminable de demandas a las autoridades. Una vez que las cosas se descomponen a este nivel, donde cualquier análisis de esta sociedad como un todo desaparece, uno está viendo una vez más las cosas desde dentro de la realidad actual. Para el “activista realista” –también conocido como izquierdista–, la eficacia es lo que prima. Cualquier cosa que funcione es buena. De este modo se pone énfasis en los pleitos, la legislación, las demandas a las autoridades, la negociación con los que nos gobiernan, sólo porque así se obtienen resultados –eso sí, cuando los resultados que se buscan son simplemente la mejora de un problema en particular o la asimilación, por parte del sistema, de un grupo o causa particular–. Pero estos métodos no son eficaces en absoluto desde una perspectiva revolucionaria anarquista, porque se basan en la aceptación de la realidad actual, en la perspectiva de que “esto es lo que hay y de esto hay que hacer uso”. Y esta es la perspectiva de la lógica de la sumisión. Para liberarnos de esta lógica es necesaria una inversión de esta perspectiva.

La inversión de esta perspectiva requiere encontrar un lugar diferente desde el cual percibir el mundo, una posición diferente desde la cual actuar. En lugar de empezar desde el mundo tal como lo conocemos, uno puede optar por empezar desde la voluntad de entender la vida como algo propio. Esta decisión pone de inmediato a uno en conflicto con la realidad actual, porque aquí uno entiende que las condiciones de su existencia y, por lo tanto, las posibilidades de cómo uno puede vivir, han sido determinadas por el orden dominante. Esto ocurre porque algunas personas se las arreglan para tomar el control de las condiciones de existencia de todos –precisamente, a cambio de pan y circo, es decir, supervivencia amenizada con un poco de